



El teatro de la vida

«El proceso»

PERSONAJES: Eugène Ionesco, Samuel Beckett, Alfredo Marquerie, Adolfo Prego, Elías Gómez Picazo, miembros del Gran Jurado, espectadores y espectadoras.

DECORADO: Un gran estrado, donde se situarán los miembros del Jurado. A derecha e izquierda, gradas habitadas para el público. En el centro, una tarima con banquetes para los acusados y otra sin ellos para los testigos. La escena se encontrará desierta al principio, pero no así después.

Se apagan las luces de la sala y lentamente comienza a hacerse la claridad en el espacio escénico. Las gradas empiezan a llenarse de un público abigarrado y curioso. Hace irrupción el Jurado, compuesto por doce miembros, más el director que los preside.

DIRECTOR (*Poniéndose en pie ayudado por un ujier*).—Vista popular contra los ciudadanos Eugène Ionesco y Samuel Beckett. Sobre ambos pesan los cargos de ser hombres repulsivos, incoherentes y en extremo peligrosos para la juventud.

ESPECTADOR I.—A éstos se les ha caído el pelo.

Entran Beckett y Ionesco completamente rapados y conducidos por un albarbero. Visten grandes mandilones y portan sendos carteles colgados del pecho en los que se leerá: "Por absurdos".

ESPECTADOR II.—Para ser extranjeros, no son nada elegantes.

ESPECTADOR III.—Van así para llamar más la atención y poder engañar mejor a la gente.

ESPECTADOR IV.—El más bajito dicen que es marino mercante, y el de cara de búho, explorador.

ESPECTADOR III.—Creo que han cometido un desfalco de muchos millones.

ESPECTADOR V.—No, si tienen cara de eso y de mucho más.

DIRECTOR.—Que pase el primer testigo.

Sube a la tarima Adolfo Prego.

DIRECTOR.—Usted, como crítico teatral, ha debido seguir a fondo la trayectoria de los acusados. Inexplicablemente, estos autores parecen haber tenido éxito; ¿podrá explicarnos las causas?

PREGO.—El éxito de Beckett pertenece al mundo de los fenómenos sociales. No es propiamente un éxito literario.

IONESCO.—Tendrás que quemar todos tus libros, Samuel, éstos se han dado cuenta de que todo lo has conseguido a fuerza de hacerte fotos en cueros.

DIRECTOR.—¿Podría darnos su versión personal sobre el trabajo del acusado Beckett, dado que usted escribió algo a raíz del estreno de su pieza «La última cinta»?

PREGO.—Su monótona insistencia en la injustificación de la vida, acaba por hacernos sospechar

que no tiene otra cosa que decirnos, y que para eso es innecesario provocar la repugnancia física desde un escenario.

DIRECTOR.—Eso es todo. Agradecidos. (*Sale Prego*). Le toca ahora el turno al señor Gómez Picazo. (*Entra el aludido y se sitúa en la tarima*). Según nuestras noticias, usted también asistió al estreno de la obra citada.

GÓMEZ PICAZO.—La escandalosa y putrefacta fraseología que, aunque esté muy de acuerdo con la obra, repugna a la sensibilidad de cualquiera que tenga mediana educación. Estamos convencidos de que con barro de letrina pueden hacerse también obras de arte, que seguirán repugnando por muy artística que sea su forma.

ESPECTADOR I.—¿Qué asco, ¿no?

ESPECTADOR II.—Como sigan así, van a poner un olor en la sala, que ya ya.

ESPECTADOR V.—Me parece que nos hemos equivocado de proceso, aquí no hay sexo.

ESPECTADOR VI.—Todavía no se puede saber, falta el informe del forense.

BECKETT.—¿Quién fue el que me dijo que aquí estaban esperando con impaciencia la traducción de mis obras?

IONESCO.—Algún exaltado, Samuel, algún exaltado.

DIRECTOR.—Que suba al estrado el siguiente testigo.

Hace irrupción Alfredo Marquerie. Algunos sectores del público protestan airadamente ante la nueva aparición.

ESPECTADOR I.—¿Pero es que no van a salir tías?

ESPECTADOR II.—¡Eso, eso, las hermanas Benítez, las hermanas Benítez!

DIRECTOR.—En sus últimos libros se contienen juicios que creemos fundamentales para la acusación. Desde su aguda visión histórica, ¿cuáles cree que son las razones de la difusión obtenida por el teatro de vanguardia?

MARQUERIE.—La incultura absoluta de quienes lo apoyaron y defendieron en sus comienzos, ya que hoy, por fortuna, parece que esta estafa, como la del llamado arte abstracto, ha sido, por fin, descubierta y adelantada, y cada día son menores las posibilidades de semejante y burdo timo.

BECKETT.—Se están pasando, ¿no?

IONESCO.—Si conseguimos salir de ésta y algún día te dan el Nobel, ya verás cómo empezarán a gritar que ellos fueron los primeros que hablaron en público de ti.

MARQUERIE.—(*Que ha continuado hablando a pesar del fragor que llega de las gradas, donde se está celebrando una boda*).—... Es como si expresamente se quisiera extirpar del teatro todo sentido o todo contenido para convertirlo en una evasión subconsciente o en un balbuceo idiota, o en la sucia fluencia de las aguas de una letrina. Y este es un propósito

inmundo, destructivo, peligroso, porque puede contagiar y contaminar a la inexperta juventud.

PRESIDENTE.—¿Qué más pruebas, señoras y señores, para demostrar la peligrosidad ciudadana de estos dos individuos que, aprovechándose de la bondad de los ciudadanos, se introducen con sus libelos en los hogares honrados y siembran el desconcierto y...?

En las gradas se ha producido el enfrentamiento de dos bandas deportivas rivales, y la violencia se ha extendido por la sala. Varias mujeres, debido a los empujones, están dando a luz preciosos niños, que piensan ofrecer al presidente para que los apadrine. Los ujieres han sido desbordados y les es imposible impedir que las almohadillas vuelen en todas direcciones. Un secretario se acerca al presidente con un recado urgente, mientras en un rincón de la sala se empieza a montar la pira medieval.

SECRETARIO.—Que llaman unos señores para lo del indulto.

DIRECTOR (*Indignado*).—Ya están los agitadores de siempre intentando emendarnos la plana. ¿Quiénes son?

SECRETARIO.—El señor Sartre, la señora Beauvoir y el señor Moreno Galván.

DIRECTOR.—¡Y encima, nuevos! Nada, dígame que no estoy. Que sea la última vez que me interrumpa cuando me dispongo a leer la sentencia (*De nuevo, el ujier le ayuda a incorporarse*). Nada mejor que el fuego purificador para estas dos almas hundiadas en un error del que debemos salvar al mundo por el bien de nuestra sociedad, el entendimiento de los hombres y el sano progreso de nuestra juventud. Cúmplase.

Especial interés habrá de poner el director en este final, que se encuentra directamente inspirado en el más puro teatro clásico. Del cuidado de como se realice esta apoteosis depende, en gran parte, el éxito del espectáculo.

El público de las gradas, puesto en pie y ondeando al aire gallardetes deportivos, interpretará solemnemente el himno de la UEFA, en versión de órgano; mientras, lentamente, Ionesco y Beckett ascienden a la pira medieval, que ya ha empezado a crepitare.

FIN

SIR THOMAS MALLORY

NOTA.—Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Tan sólo los párrafos de los críticos teatrales señores Marquerie, Prego y Gómez Picazo han sido textualmente tomados de reseñas aparecidas en «Informaciones» (6-XI-62), «Madrid» (6-XI-62) y del libro de Alfredo Marquerie «El teatro que yo he visto», págs. 102-103.

EL TRADUCTOR

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Pues yo soy partidaria de la falda corta.



—Abuelita, ¿cuando yo tenga tu edad, por fin os habréis muerto todos los mayores?

